

KELLY HARMS

Las  
chicas  
buena de la  
suerte

*Traducción:*  
ESTHER ROIG



MAEVA

## ASÍ ES COMO SE PREPARA LA EMPANADA RUSA DE SALMÓN

«**P**rimero compras todos los ingredientes. Cuando el único pescadero de verdad de Cedar Falls, Iowa, te pregunta para qué quieres un salmón entero, tú, que estás sola y delgaducha, no contestas, porque te angustia la mera idea de hablar con desconocidos, a pesar de que hace cinco años que compras cantidades absurdas de marisco al mismo hombre y, por lo tanto, no se le puede considerar un desconocido. Aun así, tartamudeas y te agitas y acabas dándole el dinero y sales huyendo, y te olvidas de pedirle que corte la cabeza y la cola. Cargas con un salmón de medio metro envuelto en papel y casi te da un síncope cuando lo desenvuelves en casa y ves su mirada acusadora. A lo hecho, pecho. Guardas el pescado en hielo dentro del frigorífico demasiado pequeño de tu piso.

A continuación tienes que reservarte un período largo de tiempo para poder ponerte manos a la obra. Podría ser una tarde entre semana en la que tu jefa, Tami, te ha dejado salir temprano para que reflexiones sobre los problemas que tienes a la hora de atender a los clientes (por ejemplo, hablar con desconocidos).

Entonces preparas la masa de hojaldre, porque, las cosas como son, no tienes que ir a ninguna parte. Cuando está hecha, la moldeas en forma de pez enorme; dos pegotes a los lados, un

cuerpo grande y una cola pequeña. Haces un borde alrededor de unos cinco centímetros para que el relleno no sobresalga llegado el momento. Colocas esa obra maestra en una bandeja y la metes en el horno. Con suerte tu horno es grande, porque al mismo tiempo tienes que hornear un acompañamiento que encaje sobre el pescado. Si no lo es, ¿has pensado en cocer la pasta de hojaldre en un horno de sobremesa? Puede servir, más o menos.

Mientras se hace la masa y se llena la cocina de aroma a mantequilla derretida, preparas unos champiñones con verduras de temporada y lo mezclas todo hasta convertirlo en una salsa blanca cremosa; tienes manteca de cerdo en el frigorífico, ¿no? Necesitarás mucha. Ah, y ahora es un buen momento para limpiar bien el salmón, porque tiene que caber en una cazuela para cocinar al vapor junto con el contenido de una botella de vino blanco decente y ocho limones. Déjalo bastante crudo; a continuación, mételo en el horno.

Cuando la masa esté casi hecha, retira con una cuchara la parte interior que ha subido y sustitúyela por la salsa de las verduras y el salmón sin las espinas y troceado. Puede que no te quepa todo; en ese caso, te deseo más suerte la próxima vez. Sella la tapa a la base con un huevo batido y después haz unas bonitas ranuras a la altura de las branquias del salmón. ¿Ya está? Bien. Hornéalo a la temperatura más baja que sea posible, de modo que se cueza como un todo y se cree algo precioso, algo que admirarás durante mucho tiempo. A continuación sírvete una ración para cenar y tira el resto.

Sírvelo con salsa holandesa, casera, por supuesto».

# PRIMERA PARTE

*Mezcla*

# JANEY

«Caminar una milla con los zapatos de otro no es nada en comparación con preparar una comida en la cocina de otro.»

—CHARLIE PALMER

*Charlie Palmer's Practical Guide to the New American Kitchen*

Es media tarde y el teléfono lleva sonando diez minutos sin parar. No quiero responder, me distraería de lo único que importa en mi vida en este momento: la salsa holandesa.

Estoy convencida de que puedo preparar una salsa holandesa que no se corte como la salsa para ensalada que venden en el supermercado, sino que se mantenga cremosa, sin grumos y pura, que fluya como un río amarillo de mantequilla y huevo. Estoy convencida de ello, pero de momento no me ha salido. Siento que hoy podría ser mi día de suerte. O tal vez ya lo sea: llevo horas cocinando y aún voy por la mitad de la preparación del plato de esta noche.

El teléfono empieza a sonar de nuevo. Sé quien es. Mi tía abuela Midge es la única persona que me llama y no deja mensaje, sino que sigue intentándolo hasta que descuelgo. La tía Midge sabe que la probabilidad de que escuche los mensajes es muy baja. Y la de que devuelva las llamadas es cero. La tía Midge me conoce perfectamente.

Descuelgo y sujeto el auricular entre la barbilla y la oreja mientras saco huevos y leche del frigorífico para tenerlos a temperatura ambiente.

—Por fin. —Es la tía Midge, por supuesto, con su vocecita de anciana engañosamente dulce—. Te he llamado a la tienda

de novias y me han dicho que te habías ido a casa. —Se refiere a Wedding Belles Too, la tienda de novias por excelencia de Iowa, donde coso dobladillos y meto las sisas—. ¿Te han despedido por fin?

Suspiro. Mi trabajo en Wedding Belles Too está bien. Soy buena modista y me gusta el olor dulzón del aceite que utilizo en la máquina de coser y el polvo azul que suelta el jaboncillo cuando marco dobladillos. Me gusta el frufrú del satén cuando resbala bajo la presión del prensatelas y el trabajo metódico de mover botones, ajustar una hilera de lentejuelas y coser perlas. Pero no sé cómo hablar con las novias sobre los arreglos cuando las cosas no salen bien, y pronto, muy pronto, me va a costar el empleo.

Saco seis huevos, luego dos más, y finalmente decido utilizar toda la docena. La salsa holandesa nunca sobra.

—No, tía Midge. No me han despedido. Solo me han dado fiesta para que pueda ejercitar mis habilidades sociales. —Algo que, evidentemente, no estoy haciendo.

—Puaf. Me gustaría saber para qué necesitas habilidades sociales con lo bien que coses.

—A mí también —digo, aunque sé exactamente por qué pelagra mi trabajo. En las pocas ocasiones en que me encuentro cara a cara con las novias, las asusto con esa ansiedad social incapacitante que me hace tartamudear, jadear y no decir nada o decir algo totalmente fuera de lugar. Y haría lo que fuera para cambiarlo. Pero sé que no soy capaz.

La voz de la tía Midge interrumpe mis pensamientos.

—¿A qué hora vendrás?

Suspiro tan fuerte como puedo para que me oiga.

—No voy a ir. Estoy haciendo un pescado. Si quieres, puedes venir tú. —Pero mientras lo digo guardo el libro de cocina con la receta de salmón. Adiós a la empanada de salmón ruso. Por hoy no llegaremos más lejos.

—Sabes que me han retirado el permiso de conducir.

Vuelvo a guardar en el frigorífico los huevos destinados a la salsa holandesa.

—Sí, sí que lo sabía. Así es más fácil invitarte a venir.

Este comentario no desconcierta a la tía Midge. A ella no le desconcierta nada ni nadie, ni siquiera la ermitaña de su sobrina nieta.

—Tú espera y verás. Un día de estos me subo a un taxi y me presento en tu puerta sin avisar y no vuelvo a marcharme. ¿Qué te parece?

Sonrío para mí misma y deseo por enésima vez que la tía Midge cumpla su amenaza. La tía Midge es mi amiga más antigua, de hecho la única amiga que tengo. Me preocupa mucho que viva en la otra punta de la ciudad, en su casita, y se haga mayor y coma carnes raras congeladas.

—Creo... —Callo e intento decidir qué hacer con un salmón entero al vapor, en vista de que no me va a dar tiempo de hacer la empanada de salmón ruso y además ir de visita—. Creo que será más fácil que vaya yo a tu casa.

—Yo también. Trae comida. Yo pondré la bebida. Y tienes que estar aquí a las ocho, que es cuando empieza el programa.

—¿Qué programa? —Conozco un programa que empieza todos los días a las ocho en el Canal de Cocina, pero no es ese al que se refiere la tía Midge. Por lo que yo sé, mi tía no ha visto en su vida el Canal de Cocina. ¿Para qué, con la cantidad de episodios de *Ley y orden* que hay para elegir?

—El sorteo de *Como en casa en ningún sitio* del canal Hogar Dulce Hogar. Sí, mujer, aquella cadena donde ponen *Buscadores de casas* y *Buscadores de casas en el mundo*. Están regalando una casa grande y fabulosa en la costa de Maine, y pienso ganarla.

Se me levantan las cejas.

—¡No me digas! ¿Vas a ganar esa casa de Maine?

—Sí, señora. Lo tengo muy claro. Estoy muy ilusionada porque la casa tiene una piscina interminable.

—¿Qué es una piscina interminable?

—Es el mejor invento de todos los tiempos para personas mayores. Es una piscina pequeña, de la longitud de una persona, que en este caso soy yo, y tiene una corriente de agua que te permite nadar sin moverte del sitio tanto tiempo como quieras. ¿Te lo imaginas? Nadar... ¡Sin moverte del sitio! —La tía Midge quiere que me quede claro—. Y el agua

está caliente y agradable, para mantener los músculos flexibles...

—Mmm... —No me convence la idea, pero no pasa nada porque sé que la tía Midge no ha terminado de venderme la moto.

—Es bueno para la salud, ¿sabes? Es un ejercicio de bajo impacto. Para señoras mayores como yo, con los huesos frágiles y las articulaciones doloridas. Y... —Hace una pausa dramática y me preparo para el argumento definitivo—. Y los chorros de agua también te hacen masajes.

Ahora se me disparan las cejas hacia arriba.

—¿Como un *jacuzzi*? —Gimo. Por la última descripción de la tía Midge ahora sé exactamente por qué lo quiere. Mi tía abuela es una viejecita impúdica que una vez fue expulsada de la piscina de un hotel por «uso indecente del *jacuzzi*». No es el tipo de cosa que me apetece recordar.

—Exactamente. Una cinta de correr en un *jacuzzi*. La casa que regalan hoy tiene una, y la quiero.

Por Dios.

—Pues qué bien que te vaya a tocar, ¿verdad?

Cuando lo estoy diciendo caigo en la cuenta de que nada sabe mejor con el salmón al vapor, frío, que una ensalada de patatas. Me sobra tiempo para prepararla y encima tengo el frigorífico lleno de eneldo fresco. Es una excusa para hacer mayonesa. Genial.

—Pero que muy bien. ¿Te espero a las siete y media, entonces?

—De acuerdo. A las siete y media. Un beso, tía Midge.

—Un beso, Janey. A cocinar.

La tía Midge cuelga. Me quedo con el teléfono en la mano, miro el horno y me pregunto si será posible preparar mostaza en un par de horas.

No lo es. El teléfono empieza a pitar y lo cuelgo, me pongo mi delantal favorito, que tiene un estampado de alces y osos, salgo de la pequeña cocina alargada de mi piso y voy al pasillo, donde tengo una tele portátil en blanco y negro que se apoya en precario equilibrio sobre una bandeja vieja con patas



plegables. La enciendo y subo el volumen para poder oír con el grifo abierto o el aceite chisporroteando, y sonrío cuando veo quien sale en el Canal de Cocina. Después vuelvo a la cocina y pico eneldo y hiervo patatas y sueño despierta con que estoy en una cena con Ina Garten, la cocinera estrella de la cadena.

## NEAN

Hace rato que estoy en casa. Intentando echar una siesta después de un día entero manejando la freidora en Hardee's. Sin hacer daño a nadie. Tengo la alarma del reloj puesta a las siete y media, porque, aunque parezca imposible, sé que esta noche estoy destinada a ganar el sorteo de una casa gratis de *Como en casa en ningún sitio* del canal Hogar Dulce Hogar, y no quiero perderme el momento en que anuncien al ganador.

Intento dormir porque me duele la cabeza. Me duele la cabeza por culpa de los gritos que pega a todas horas mi novio Geoff. Geoff toca en un grupo y estoy bastante segura de que todo ese ruido al que se somete lo está dejando sordo, porque ya nunca habla en un tono normal. Si quiere saber donde ha dejado las llaves, suena algo así como «¿DÓNDE HE DEJADO LAS LLAVES?». Y si tiene hambre me mira y dice: «CARIÑO, ¿QUÉ VAMOS A CENAR ESTA NOCHE?». Esto lo hace cuando estoy sentada a su lado en el sofá. No se han inventado aún signos de puntuación para el ruido que hace cuando estoy en el otro cuarto. Pega gritos, de día y de noche, tanto si está enfadado como si no, aunque normalmente lo está. Es una de las personas más coléricas que he conocido en mi vida.

Sin embargo, él —y su apartamento de una habitación con vistas a la autopista— también es lo único que me salva de

ser una sin techo, de modo que mejor corramos un tupido velo sobre los otros defectos de Geoff. No es el primer capullo que me ha tocado aguantar para tener un lugar donde vivir. Pero será el último. Pronto seré la orgullosa propietaria de una casa regalada nueva y completamente amueblada en algún lugar de Nueva Inglaterra, y entonces ya no tendré que aguantar a más tipos como Geoff.

La semana pasada emitieron un especial de televisión sobre la casa, como anticipo del programa de esta noche, y es una absoluta maravilla. Cuando gane, no necesitaré nada más que lo puesto y un billete de autobús a Maine. La casa está amueblada como si saliera del programa de cocina y estilo de vida de Martha Stewart, con toda clase de sofás, lámparas a juego, libros en las estanterías y todo lo necesario para vivir, y encima ordenado por colores. Además, tiene una zona de *fitness* con equipamiento de última generación para hacer ejercicio y con un televisor de pantalla plana para ver a Oprah mientras te pones en forma corriendo en la cinta. Y un salón de juegos en el sótano con un refrigerador de vinos para cincuenta botellas. Un refrigerador solo para el vino, que quede claro. Por no hablar del pedazo de frigorífico con televisor empotrado en la puerta para que puedas ver la tele mientras esperas que llegue la pizza.

Sí, señora, la casa es fabulosa. Fuera tiene dos columpios a juego en el porche de delante y una piscinita climatizada en un lateral, rodeada de setos para que tengas intimidad y puedas bañarte desnuda si quieres, sin que nadie te vea. En la parte trasera los setos se abren a una gran vista del océano y a unos acantilados preciosos, aunque son el tipo de acantilados donde te imaginas a personas muy borrachas que se caen desde el borde y se parten la crisma, así que puede que ponga una valla antes de dar mi primera gran fiesta. De todos modos, la vista es espectacular. Durante el programa pusieron un plano del océano y estaba lleno de barcos de vela, gaviotas y otras cosas extraordinariamente pintorescas.

Me apetece mucho vivir allí.

A ver, no soy imbécil. Sé que las probabilidades juegan en mi contra. Pero hace más o menos un mes tuve un sueño

muy claro con esa casa. No fue uno de esos sueños ambiguos que tienes que contárselos a alguien para que te explique qué diablos significan. Era un sueño clarísimo... No, una visión. Soñé que ganaba una casa, vi hasta el último detalle, y entonces, al día siguiente, cuando estaba viendo la televisión, pusieron un anuncio del sorteo y me di cuenta de que era exactamente la misma casa de mi sueño. Así que, sí, estoy bastante segura de que estoy predestinada a ganarla.

Sé que no es seguro hasta que oiga mi nombre en directo cuando anuncien al ganador en el programa de esta noche, pero ya queda poco y soy una persona muy afortunada, mucho, sin contar mis actuales circunstancias, que no las cuento. Probablemente habría ganado el sorteo de una casa de *Como en casa en ningún sitio* del año pasado, una casa en Florida (que, las cosas como son, tiene un clima mucho más agradable que Maine), pero en correos retuvieron mi postal de participación y me la devolvieron después del sorteo por franqueo insuficiente. Menudo disgusto. Bueno, al menos supe por qué no había ganado.

Este año no he corrido ningún riesgo con el p... correos. Esos capullos están cambiando el precio de los sellos continuamente, y esperan que la gente sepa por arte de magia lo que vale enviar una postal en un momento dado, como si no tuviéramos nada mejor que hacer que pensar en el precio del franqueo. Porque a ver, si compro una hoja de sellos para postales —y se llaman específicamente sellos para postales, o sea que sé de lo que hablo—, que solo sirven para mandar postales y no tienen absolutamente ningún otro uso, deberían servir para mandar postales hasta que se acaben. No puedes cambiar el precio cuando te dé la gana y no decírselo a nadie. Estas son la clase de cosas que pueden hundir una civilización. Y si no, al tiempo.

Este año fui yo misma a correos con mi postal y no quise arriesgarme. Hice casi media hora de cola y cuando llegué al mostrador, por supuesto, habían vuelto a cambiar los precios. Si no hubiera tomado precauciones añadiendo varios dólares en sellos para ir sobre seguro, probablemente mi postal estaría

en el fondo de un montón de cartas para Papá Noel o algo así, y no donde está, que es en un gran contenedor de postales en la sede de Hogar Dulce Hogar, en Nueva York, muy arriba, donde será fácilmente elegida por el famoso juez invitado Carson Jansen-Smit, el carpintero macizo y escultural que va siempre por ahí derribando las paredes del comedor de la gente sin permiso.

Cuando gane la casa de mis sueños, no permitiré que Carson Jansen-Smit se acerque a mi propiedad con su mazo. Si quiere venir, solo puede traer una botella de aceite de masaje y unos condones.

No puedo dormir. Estoy demasiado ilusionada con la casa. No falta mucho para el anuncio. Me levanto de la cama —bueno, del colchón, porque estoy echada en un colchón viejo en el suelo— y voy al salón un poco aturdida. Todavía estoy grogui cuando veo el desorden. Geoff no es una persona aseada, y en este momento de mi vida no pienso limpiar lo que ensucia un hombre ni loca. En mi opinión, lo de las tareas domésticas es para mujeres mayores de treinta años. Por ahora tolero la mugre y espero los días gloriosos en que la madre de Geoff viene con una fregona y un cubo y me mira furiosa hasta que me quito de en medio. Después de una de sus visitas puedes verte reflejada en el suelo de linóleo de la cocina y no tienes sensación de tener pelusas en las plantas de los pies cuando te duchas. Limpia tan a fondo que a la suciedad le da miedo volver al menos durante un par de semanas.

Pero ese par de semanas han pasado. Geoff está dormido en el sofá —a lo mejor sus gritos también le han levantado dolor de cabeza— y el suelo a su alrededor está lleno de cosas varias. Pegatinas, cartas sin abrir, ropa, recipientes de comida rápida y una cantidad increíble de calcetines. Estamos a principios de verano en Cedar Falls, Iowa, y Geoff lleva chancletas negras prácticamente las veinticuatro horas del día, así que no llego a comprender de dónde salen todos esos calcetines. Una parte de mí cree que son calcetines de otras personas y que Geoff los colecciona por algún motivo. A lo mejor le pide a sus fans sus calcetines durante sus actuaciones, y piensa donarlos

a una asociación benéfica que reparte calcetines. Estoy casi segura de que en el suelo de esta habitación hay calcetines suficientes para cubrir los pies de todos los sin techo de Cedar Falls, Iowa. Mira, no es mala idea.

Es una idea que quiero discutir con Geoff ahora mismo, con la esperanza de que ponga un poco de orden. Me siento en el sofá y lo miro fijamente a ver si se despierta. No pasa nada. Por lo visto mi mirada penetrante no es tan penetrante. En vista de que mirar no funciona me pongo a botar un poco sobre el sofá. Sigue durmiendo, así que me inclino y acerco la cara a la suya para darle un susto de muerte cuando abra los ojos, pero cuando estoy suficientemente cerca para olerlo me llega una vaharada de alcohol. Mierda. Me aparto un poco, pero antes inhalo con fuerza y pienso detenidamente. No es tequila, gracias a Dios. El tequila es excepcional, pero también da miedo. El olor de su aliento hoy es de Jack Daniel's, que es algo que puedo soportar. De hecho, yo también me tomaría un *bourbon* con coca-cola. Dejo a Geoff durmiendo y voy a ponerme una copa.

El fregadero de la cocina está lleno hasta los topes, con prácticamente todos los platos que tenemos, todos ellos con una capa de roña incrustada que casi me quita las ganas de tomarme la copa. Pero busco en los armarios y todavía quedan tres o cuatro tazas de café limpias, unas tazas gruesas hechas a mano que hizo su antigua novia en su torno de cerámica. Todas tienen un corazón grabado en el fondo con las iniciales de ella y de Geoff. Saco una y echo tres dedos de Jack, después hielo, y a continuación media lata de coca-cola. Lo agito todo con el cuchillo de pelar, que está casi limpio. Cuando termino está a punto de empezar el sorteo.

Y aquí es cuando la cosa se pone fea. Solo hay un televisor en la casa y está junto al cuerpo durmiente de mi novio-casero que apesta a alcohol. Tengo que encenderlo —el televisor, no al novio— porque tengo que ver el sorteo. Si me lo pierdo, no sabré con seguridad si he ganado hasta que la biblioteca abra mañana a las diez y pueda ir a usar los ordenadores para mirarlo en la página web de la cadena. Esperar

toda la noche me volverá loca. Y lo más seguro es que la gente del programa espere que el ganador esté atento esta noche y dé instrucciones sobre cómo reclamar el premio. ¿Y si me lo pierdo?

Tengo que encender el televisor. Me inclinaré, lo encenderé, enseguida bajaré el volumen al mínimo posible y me quedaré muy cerca del televisor para poder oír lo que dicen. Geoff no se despertará. Coloco un cojín de bolitas frente a la pantalla y me aposento con mi bebida. Entonces me inclino y aprieto el botón de encendido y veo que se ilumina la pantalla, al mismo tiempo que aprieto el botón del volumen tantas veces por segundo como es humanamente posible.

No funciona. Podría haber funcionado si tuviéramos un televisor mejor, pero este tiene los botones pegajosos, no reacciona a la velocidad necesaria y no se sabe dónde está el mando a distancia. El sonido explota y está lo bastante alto para que Geoff el Sordo oiga su programa favorito: *South Park*. El ruido que despierta a mi novio-casero borracho es un pedo enorme de dibujos animados, que atraviesa el apartamento y lo sobresalta tanto que tiene que parpadear varias veces antes de saber exactamente dónde está. Cuando se sienta ya he quitado el sonido y he cambiado al canal del sorteo. Me vuelvo y sonrío con inocencia, parpadeando un poco.

—Perdona.

—Apaga el puto televisor —dice Geoff.

—De acuerdo —digo, y vuelvo a mirar la pantalla, donde la imagen de apertura muestra una vista preciosa de la costa de Maine desde un barco o quizá un helicóptero. A ver si la casa viene con helicóptero.

Detrás de mí, oigo que Geoff se levanta. Aprieto las manos alrededor de la taza. Voy a ver este programa. Tengo que ver este programa.

—Eh, zorra —dice Geoff.

Viene hacia mí. Lo sé porque, a medida que se acerca, oigo que la basura que cubre el suelo se separa como si fuera el mar Rojo. En la pantalla están enfocando la casa. Empiezo a ponerme nerviosa.

Las piernas de Geoff chocan con la mesita de centro.

—¡JODER! —grita.

Intento con todas mis fuerzas no apartar los ojos de la pantalla y concentrarme en el programa, pero es difícil sabiendo que pronto lo tendré de pie detrás de mí. Miro el reloj. Tardarán cinco o diez minutos en anunciar al ganador. Sé que puedo manejarlo hasta entonces.

Ahora está detrás de mí. Estoy sentada con las piernas cruzadas sobre el cojín de bolitas fingiendo que me importa un rábano su existencia, y él sigue detrás de mí, de pie, y me agarra la cabeza con su mano enorme.

—¡ZORRA! —repite.

Estoy bastante segura de que se refiere a mí.

Entonces cierra la mano sobre mi cabeza y agarra un buen mechón de pelo.

—¡He dicho QUE APAGUES LA TELE!

No le hago ni caso. Sé que le saca de sus casillas y no me importa.

A él sí. Aprieta el mechón de pelo que tiene en la mano y tira con fuerza. Me levanta tirándome del pelo. Duele una barbaridad. Despliego las piernas y me equilibrio para poder levantarme y aliviar el dolor en el cuero cabelludo. Cuando estoy de pie me giro y lo miro y veo la rabia en su cara. Debería ceder, pero detesto que me intimiden. Además, lo que huelo en su aliento es Jack Daniel's. Si fuera tequila, tendría más cuidado.

—Vuelve a dormirte —digo con tanta firmeza como puedo.

Después pongo la mano en su muñeca e intento que me suelte el pelo para poder volver al programa.

No se mueve, pero el apretón se hace más fuerte.

—En serio, Geoff. —Lo intento de nuevo, odiando el tono suplicante de mi voz—. El programa está a punto de acabar y cuando pongan los anuncios pediré una pizza para cenar.

¡Una pizza! ¿A quién no se le pasa el enfado cuando se le tienta con una pizza?



Me suelta el pelo. ¡Sí! Pero entonces me pone las manos en los hombros y aprieta.

—Estaba durmiendo —sisea, lanzándome un aliento tan hediondo a la cara que me provoca una mueca involuntaria—. ¿Es que no me has visto dormido en el sofá?

—No —digo—. No me he dado cuenta. ¡Lo siento!

Intento sentarme otra vez. Detrás de mí, muy, muy bajito, oigo que el presentador anuncia a Carson Jansen-Smit y deseo locamente estar viendo su cara bonita en lugar de la cara rabiosa de Geoff.

—Sí te has dado cuenta —dice—. Seguro que querías despertarme.

—¿Por qué habría de querer despertarte? Vuelve a dormir, imbécil. —No sé por qué lo digo, pero es lo que pienso.

—¿El imbécil soy yo? —pregunta—. Solo quería descansar un poco. —Pasa por mi lado y está claro que tiene la intención de apagar el televisor.

—No lo apagues —digo. Me aparto del cojín de bolitas y me coloco frente al botón de encendido.

—¿Ah, no? ¿Me vas a pegar? —Me aparta de un empujón y apaga el televisor. La casa de mi sueño se encoge y desaparece. Le pego un codazo en un costado y vuelvo a encender el televisor.

—¡Lo estaba viendo! —grito.

Me estoy mosqueando. ¿Qué pasará si me pierdo el resultado? ¿Le regalarán la casa a otro si no llamo a un número concreto que aparecerá en pantalla dentro de un período concreto de tiempo, como en esos sorteos de la radio que oigo todo el día mientras trabajo?

—Pues te aguantas, joder —dice.

Intenta darle al botón de apagado otra vez. Lo empuja más fuerte. Me devuelve el empujón. En pantalla sale una panorámica de la cocina, que es reluciente, amarilla y brillante. Los electrodomésticos son ultramodernos. Enfocan el frigorífico con televisor y la visión de algo tan brillante y nuevo me da un subidón. Pronto podré ver todo lo que quiera, cuando quiera, hasta en la nevera.

—Haz el favor de sentarte de una vez, imbécil de mierda —le digo—. No me das miedo porque te hayas pasado el día bebiendo y ahora te creas muy hombre.

Geoff se gira y me pega en el hombro y me hace retroceder un poco. Me duele, pero ni siquiera lo pienso. Pienso en esa casa de Maine y lo bueno que será vivir en ella. Lo pronto que me voy a largar y empezar allí una vida nueva, donde nadie sepa nada de mí. Aparto los hombros de él y me vuelvo hacia la pantalla, ignorando que me está sacudiendo.

Le vuelve loco que no lllore ni me defienda. Me agarra fuerte un brazo y me obliga a dar la vuelta, de modo que me quedo de espaldas al televisor.

—A mí me escuchas cuando hablo, zorra.

Me da un bofetón. Con la mano abierta. Qué mariquita es. Y eso le digo, pero siento el sabor de la sangre en la boca.

Están a punto de anunciar al ganador. Detrás de mí los oigo hablar de las normas del sorteo y de los notarios que están ahí para garantizar que la selección se haga como debe ser. Estoy aturdida. Me sangra la nariz. Solo quiero quitarme de encima a este imbécil para poder ver el programa. Me está gritando y ya no oigo la tele. Miro la taza, que no he soltado en todo el rato, el *bourbon* con coca-cola en el tazón de cerámica con el corazón grabado en el fondo. Está diciendo que volverá a pegarme si no apago la tele y le pido disculpas inmediatamente. Va a pegarme hasta que lo lamente. Me perderé el sorteo.

—¿Me has oído? ¡Que te disculpes ya! —grita.

Oigo vagamente un redoble en la tele.

—Vete a la mierda —digo.

Le escupo a la cara. Ahora está enfurecido. Pero me da igual. Porque antes de que tenga tiempo de pegarme otra vez, echo hacia atrás la mano con la taza y le atizo fuerte en la cabeza, crac, y veo que el *bourbon* con coca-cola se derrama por todas partes y un hilillo de sangre le baja a Geoff por la cabeza, y veo que se le ponen los ojos en blanco y cae al suelo. Oigo su grito de dolor y después el ruido cuando se golpea contra el suelo, pero yo ya me estoy dando la vuelta. Mis ojos

están otra vez puestos en el televisor, donde Carson Jansen-Smit sujeta un papel, un sobre con el nombre del ganador dentro.

Carson sonríe como un idiota.

—El ganador del gran premio, la casa de tus sueños completamente amueblada en Christmas Cove, Maine, valorada en más de un millón de dólares, es...

Hace una pausa y yo canturreo mi nombre mentalmente. Di mi nombre, Carson Jansen-Smit, mentecato guapísimo.

El redoble se detiene. Enfocan la cara de Carson. Sus labios forman las palabras.

—El ganador es... ¡Janine Brown de Cedar Falls, Iowa!

Cae confeti sobre su cabeza y frente a la casa se despliega una pancarta que dice FELICIDADES JANINE y parpadeo con fuerza y después me pongo a temblar y lloro y grito al mismo tiempo, y entonces empiezo a bailar frente al televisor, procurando, a pesar de mi alegría, no pisar al pobre Geoff que está tirado en el suelo inconsciente y sangrando.

—¡OH, DIOS MÍO! —grito, y agito los puños a pesar de que ese movimiento me sacude los hombros y me duele horrores—. ¡OH, DIOS MÍO! —repito. Un poco de sangre cae sobre la camiseta, pero me da igual. Soy feliz, muy feliz, y no soy feliz por Janine «Janey» Brown, la modista de novias que vive al otro lado de la ciudad y en este preciso momento está boquiabierta mirando el televisor de pantalla plana de su tía Midge, con la boca llena de salmón a punto de salir disparado. En este momento, todavía no conozco a Janine Brown de Cedar Falls, Iowa. No sé que existe. No es por ella que soy feliz.

Soy feliz porque su nombre también es mi nombre.

# JANEY

«Ojalá pudiera sentar a la gente y darle algo de comer; sé que entonces lo entenderían.»

—ALICE WATERS  
*Chez Panisse Menu Cookbook*

Después de que lean mi nombre en la televisión, todo sucede muy, muy deprisa. Primero hay un breve período de tiempo en que me quedo paralizada en la posición exacta en que estaba cuando han leído mi nombre (con el tenedor volviendo al plato después de meterme en la boca un buen bocado) y miro fijamente como una idiota de remate intentando no volverme loca. Después de esto la tía Midge ejecuta una danza de celebración que estoy segura de que le costará la cadera. A continuación, un montón de personas se presentan en la puerta de la casa con globos y cámaras de vídeo.

Mi primer impulso es esconderme. Este es mi primer impulso en cualquier situación que incluya personas que no conozco, globos o cámaras. Sufro un caso incapacitante de lo que la tía Midge denomina «Miedo a lo desconocido», la timidez paralizadora que normalmente afecta a los preadolescentes que tienen acné y una colección de dados de doce caras para jugar a juegos de rol. Me produce urticaria y tartamudeo, y a veces me entran unas náuseas repentinas y extremas. Estoy segura de que los psiquiatras tienen otro nombre para esto, pero para saberlo debería hablar con alguno, cosa que no puedo hacer, así que da igual.

Esta situación en particular es especialmente grave. Al fin y al cabo, no he participado en el concurso y estoy bastante segura de que se ha cometido un terrible error y tampoco quiero la casa. Pero mientras la tía Midge va a abrir la puerta me susurra teatralmente que ha introducido mi nombre *online* un par de docenas de veces junto con el suyo, según ella para asegurarse la jugada. No sé cuándo se ha vuelto tan hábil con el ordenador, pero empiezo a ver los peligros de enseñar a los ancianos a usar internet.

Abre la puerta y un equipo de filmación entra en tromba y me dice que finja que me acabo de enterar una y otra vez hasta que me tienen grabada boquiabierta desde todos los ángulos posibles. Una total desconocida me unta de maquillaje la cara sonrojada, me recoge la melena, ondulada y rubia rojiza, en una coleta y me pone rímel para resaltar mis ojos azul claro. Me pongo a sudar por los nervios. Me duele la mandíbula de tanto abrir la boca exageradamente, pero no me exigen que hable, y el equipo parece complacido con el resultado final. Estoy bastante sobrada de sorpresa auténtica para que resulte convincente, teniendo en cuenta que acabo de ganar una casa de un millón de dólares que no quiero en un sorteo en el que no había participado.

Casi una hora más tarde, cuando acaban de filmar, una productora con el pelo rubio largo y unos zapatos ridículos me lleva con la tía Midge al salón y nos sentamos en el sofá protegido con plástico para hacer una entrevista. Me pregunta si estoy emparentada con alguien que trabaje en el canal Hogar Dulce Hogar, y digo que no, y ella dice que lo verificará, y yo pienso, adelante, estás viendo a mi única parienta viva, y no puede conducir, así que no le veo mucho futuro trabajando para una cadena de televisión de California. Pero no lo digo.

—Claro, lo comprendo —tartamudeo.

Entonces se lanza a hacer muchas preguntas personales. ¿Estoy casada? ¿He estado casada alguna vez? ¿Tengo hijos? ¿Tengo dinero para pagar los impuestos sobre la casa? Y así sucesivamente. Logro contestar a «¿Está casada?» (no) sin

problemas, pero a la siguiente pregunta me cierro en banda, como hago siempre. Murmuro algo sobre Ned, intentando explicar que estuve prometida, pero que algo se torció, y que no tengo intención de volver a prometerme, y que soy perfectamente feliz sola, gracias, y que no todas las mujeres encuentran al compañero ideal, y la soledad apacible no está tan mal cuando te acostumbras. Pero todo esto lo digo sin utilizar ni verbos ni sustantivos. La productora me mira con una cara que viene a decir «¿Qué dice esta loca?» hasta que por fin interviene la tía Midge como hace siempre.

—No ha estado nunca casada —dice en tono autoritario—, pero no es de su incumbencia.

La productora retrocede un poco. Me imagino los dedos de sus pies encogiéndose dentro de los zapatos puntiagudos.

—Lo siento, señora... —Mira sus notas—. Señora Richardson. Sé que parece muy personal, pero hago estas preguntas a Janine porque nuestros abogados necesitarán saberlo antes de transferir la escritura de la casa. También la entrevistarán ellos por su cuenta, de modo que tendrá que responder a estas preguntas más veces. Como comprenderá, no podemos correr ningún riesgo legal con un sorteo de un millón de dólares.

A la defensiva como una mamá osa, la tía Midge está claro que no entiende estos matices, pero yo sí. El canal Hogar Dulce Hogar quiere asegurarse de que no debo ninguna pensión alimenticia, o conyugal, o millones en impuestos atrasados o cualquier otra cosa desagradable por el estilo. Y estoy segura de que quieren saber cuánta buena televisión pueden sacar de mí ahora que he ganado. Respuesta: no mucha. Tras algunas preguntas impertinentes más y mis respuestas incoherentes, puedo ver que la productora está muy decepcionada en este sentido. Cualquiera puede ver que no soy carne de estrellato. Se necesita mucho más que una casa de lujo regalada que no me hace ninguna falta para hacerme hablar ante una cámara.

Por fin termina la inquisición.

—Quizá lo mejor sería hacer una especie de montaje de usted caminando ilusionada por la casa cuando se haya

mudado —dice la productora, visiblemente desanimada—. Nos será útil para el sorteo del año próximo, pero no tendrá que hablar mucho ante la cámara. ¿Qué le parece?

La miro, con su traje pantalón elegante bien abrochado, y pienso: si fuera de las que abrazan a desconocidos, la abrazaría. Le perdono los zapatos.

—Me parece bien —digo por fin, ignorando la cara de desilusión de la tía Midge. Que salga ella en televisión frente al mundo entero. Yo haré el montaje.

—Excelente. Sé que todavía estará en *shock* por esta impactante noticia —dice. Hace una pausa y pongo mi mejor cara de emoción, sabiendo que probablemente parece más bien una mueca—, pero debo preguntárselo. ¿Está interesada en vivir en la casa?

—¿De lo contrario qué pasaría? —pregunta la tía Midge.

Yo estaba preguntándome lo mismo, solo que sin el poder del habla.

La productora entrelaza los dedos.

—Bueno, algunos años los ganadores deciden vender la casa inmediatamente, debido a la carga de impuestos que una propiedad tan cara comporta. Y otros ganadores la utilizan como una inversión y se quedan donde están. Para muchas personas es imposible mudarse a la otra punta del país, porque tienen empleos y familia.

—Oh —dice la tía Midge—. No. Estoy jubilada y no tengo hijos. Para nosotras no es imposible.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que la tía Midge cree que es ella la que ha ganado la casa en realidad, y que yo soy simplemente el nombre en la escritura. Al fin y al cabo, es ella quien ha participado en el concurso y quien quiere la casa, no yo. Tal vez debería irritarme, pero en lugar de esto me inunda una sensación de alivio. Ahora tengo una salida. Puedo dejar que ella se instale en la casa, mientras yo me quedo en mi pisito y sigo trabajando en Wedding Belles Too y no tiene que cambiar absolutamente nada. ¡Sí! Es el plan perfecto. Las cámaras de televisión se marcharán pronto y mi vida volverá a la normalidad. Echaré de menos a la tía

Midge, pero podré utilizar finalmente los días de vacaciones que tengo acumulados si le hago una visita.

—Es una gran noticia —dice la productora a la tía Midge y yo aplaudo sinceramente. Que se vaya a Maine, con mis mejores deseos. Yo defenderé el fuerte en Iowa. Se me relajan los hombros por primera vez desde que han leído mi nombre en la tele.

**P**ero dos horas después, cuando estamos solas la tía Midge y yo en su casita, y ella va de un lado para otro metiendo cosas que no quiere llevarse a Maine en una caja para entregar a la beneficencia, me doy cuenta de que no saldré de esta tan fácilmente como creía.

—Te vienes conmigo, y no se hable más —dice la tía Midge imperiosamente.

Sé que utiliza este tono de voz conmigo porque funciona, aunque lo detesto. También detesto la forma en la que apoya las manos sobre sus caderas diminutas y se cuadra delante de mí como si fuera a llevarme a rastras si se diera el caso. Es como si las Chicas de Oro se metieran a luchadoras profesionales.

—No pienso mudarme a Maine —digo, a la vez que saco el velo de novia de mi madre de su pila de cosas para regalar—. Ve tú. Disfruta de la casa. Parece preciosa. Iré siempre en vacaciones y tú harás muchos amigos enseguida... No tendrás ni tiempo de echarme de menos.

La tía Midge se ríe de mí burlona.

—Por supuesto que haré amigos. Por favor. No tengo problemas para hacer amigos. —Como si quisiera ilustrar su popularidad, saca un montón de anuarios de instituto de un armario y los echa en un contenedor de reciclaje—. En cambio, tú estarás en ese insignificante piso con las encimeras de plástico y las ventanas atascadas, cocinando para un ejército cada noche y desperdiciando toda esa comida, y no te darás cuenta y acabarás siendo una ancianita que no ha echado un polvo en cuarenta años.



Es mi tía abuela y la quiero, pero a veces me pregunto por qué sigue con vida.

—Gracias por preocuparte por mí, pero estoy bien. Me gusta vivir aquí. Me gusta mi trabajo —gimoteo a la defensiva como un participante en un *reality* de cocina que acabara de cortarse.

—¿Que estás bien? ¡Por favor! No respondes al teléfono, no comes lo que cocinas, están a punto de despedirte y te sale un sarpullido en cuanto hablas con un desconocido.

Todo esto ya lo he oído otras veces y lo ignoro, como siempre.

—No tengo ningún sarpullido —digo, contenta de llevar manga larga para que no pueda ver las franjas rojas que me han salido en los brazos y en los hombros desde que he empezado a hablar con la productora.

—Bueno, pues quédate —dice la tía Midge.

—Bueno, me quedaré —digo, consciente de hablar como una mocosa petulante.

—Bien. —La tía Midge alcanza un pesado montón de partituras y lo deja caer ruidosamente en la caja de cosas para guardar—. Conseguiré una de esas pulseras de alarma, como esas viejecitas de la tele que están solas y no tienen a nadie que las quiera ni que les diga que les sienta fatal el peinado. Así, cuando me caiga y me rompa la cadera, vendrá alguien a socorrerme, después de unas horas como mínimo y suponiendo que haya pagado lo que me corresponde. Seguro que no será demasiado doloroso estar tirada en mi nuevo suelo de bambú ecológico sin poder hacer nada más que gemir de dolor...

Gruño y me siento en el sillón reclinable que tiene más de cuarenta años. Sé fuerte, me digo.

La tía Midge lanza un suspiro teatral.

—Siempre pensé que sería tu madre la que me acompañaría en la vejez. Ella no me habría abandonado jamás en un acantilado ventoso en medio de Maine. No es lo que ella hubiera querido.

—Oh, por el amor de Dios. —Estoy irritada, sí, pero mis defensas se están desmoronando.

—Claro que, si estuvieras allí conmigo, me sentiría mucho más segura...

Escondo la cabeza entre las manos y gimo. La tía Midge lo aprovecha para lanzarse a la yugular.

—No me puedo imaginar cómo será cocinar en esa cocina tan moderna.

Levanto la cabeza.

—La semana pasada, en el programa de avance, dijeron algo... —Se rasca la cabeza, y finge que retrocede en el tiempo una semana—. Ah, sí. Encimeras de granito. ¿Sabes lo que son?

Puedo vivir sin encimeras de granito. Sin duda deben de ser estupendas para hacer dulce de leche. Pero básicamente solo sirven para aparentar. Vuelvo la cabeza.

—¿Y cómo se llaman esos electrodomésticos tan bonitos? Sub-Zero.

La miro. Ahora estoy ligeramente interesada.

—Pero Sub-Zero era solo la marca del frigorífico —sigue—. Creo que los hornos eran de otra marca.

¿Hornos? ¿En plural?

—Wolf. ¿Es una marca de hornos?

Me levanto.

—¿Qué más dijeron de la cocina?

La tía Midge se vuelve evasiva.

—Mmm..., ahora no me acuerdo. Veamos. Dos hornos grandes, seis fogones de gas, un frigorífico moderno con puertas dobles, un congelador en el garaje, un parterre elevado en el que cultivar plantas para cocinar junto a la puerta de atrás, una isla pastelera, un fregadero de granja... —Se vuelve para mirarme a la cara—. Caramba, es una auténtica vergüenza que una cocina tan bonita se eche a perder. Apenas sé hacer tostadas. Se quedará sin usar todo el día. Se llenará de polvo.

—¡Eres un demonio! —grito.

—Oh, calma. Tu cocina no está tan mal. Tienes un frigorífico y un horno y dos fogones la mar de buenos. ¿Qué más quieres? La superficie de trabajo está sobrevalorada, tú siempre lo dices. Tienes una vida estupenda en Iowa y no quiero que renuncies a ella.

Basta. Estoy oficialmente mosqueada.

—Me largo —anuncio, y empiezo a ponerme los zapatos—. Sabes que me estás volviendo loca. No entiendo por qué conviertes algo bueno en un gran problema para mí... Al fin y al cabo, has conseguido la casa de tus sueños, ¿no? —Me echo la chaqueta por encima de los hombros en un gesto teatral. No hay tiempo para mangas o botones. Estoy indignada—. Te encanta comprobar hasta dónde puedes provocarme. No quiero ir a Maine. Tú quieres ir. Deberías dar saltos de alegría, no fastidiarme hasta que estalle.

Abro la puerta de la calle y veo que todavía quedan algunos globos rojos en el porche de la tía Midge. El mero recordatorio de todo ese jaleo me provoca picores en los brazos y me acaloro.

—¡Espera! —grita la tía Midge antes de que pueda cerrar la puerta de un portazo. La veo tambalearse hacia la puerta moviéndose a la máxima velocidad que le permite su cuerpo—. Tengo algo que decirte.

El sonido de su voz temblorosa de anciana me ablanda. Tengo que calmarme. Respiro hondo y vuelvo a meter la cabeza por la puerta.

—¿Qué? —pregunto, con toda la amabilidad de la que soy capaz en mi estado.

—El frigorífico tiene un televisor incorporado. Podrías ver tus programas de cocina allí mismo, ¡mientras cocinas!

AAARG.

—¡No... pienso... ir! —grito, y me giro y cierro de un portazo, consciente de que ya puedo irme a casa y empezar a hacer las maletas para mudarme a Maine.